





EDICIONES
LA SANTA FAZ

TRILOGÍA DE TRAGEDIAS EN DIEZ ACTOS

APOLOGÍA DE TRES HERMANOS

Sobre la discriminación de lo diverso

Eduardo Pérez dal Lago

Eduardo Pérez dal Lago
Apología de tres hermanos.
Sobre la discriminación de lo diverso. Trilogía de tragedias en diez
actos.

PRIMERA EDICIÓN

Ediciones Fundación La Santa Faz, 2019
Carlos Calvo 1424 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Edición General: Jorge Alarcón de Nafarrasagasti
Redacción & Co-Corrección: César Ledesma
Diseño Editorial & Tapas: Jorge Alarcón de Nafarrasagasti

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Reservado todos los derechos.

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

En tus manos Fedra...

*Eros dura lo que un lirio.
Pero las flores duermen secas
entre las páginas de un libro.
Mientras su aroma pervive
en el alma del amante.*

ADVERTENCIA DE LA REINA PASIFAE

Nunca nadie me enseñó que vivir fuera tan difícil. Al parecer, por mucho tiempo conservé la ingenua fantasía de creer que vivir y ser se identificaban. Confiaba en que la misma fuerza refleja que llena de aire los pulmones, para luego obligarlos a vaciarse, bastaba para mantener a un hombre vivo.

Nunca distinguí aquella curiosa diferencia que hace del Sol el origen del ser y del hombre solo el conductor de su vida.

Pero hubo un día en que vivir no me resultó tan fácil. Entonces descubrí que, si no unía a la simple respiración una gran cuota de esfuerzo, las fuerzas vitales morirían.

Desde entonces comprendí que, en verdad, habría de vivir a empujones. Un esfuerzo ahora, y otro, y otro. Así, a pequeños trancos, sin mirar el futuro lejano, enfrentando solo el próximo paso, he logrado vivir hasta hoy. Y créanme que no ha sido fácil.

Por mucho tiempo, cuando el mañana se presentaba como un fantasma agobiante, me contentaba con solucionar solo la hora entrante. Así viví ya muchos años.

Pero ahora sé que llegó el momento de poner las cosas en claro. No se trata de rescatar algún buen recuerdo para mi nombre. Tal vez tengan razón los que me agravian con historias lascivas. En verdad, he tenido que sobrellevar una naturaleza casi salvaje.

Ahora se trata del nombre de mis hijos. Su oprobio ha sido largo e injusto. He contado toda la verdadera historia al autor de esta trilogía con la intención de desagruarlos. Solo espero de los lectores la total ausencia de falsos prejuicios y la benevolente atención para recibir el sincero testimonio de una madre.

P.D. :

Quizá alguien se pregunte porqué no relato la historia de mi primer hijo, Andrógeo. Es sabido que murió joven e invicto en manos de los crueles hijos de Atenea. Le cupo a él la suerte de los héroes y su nombre no fue calumniado en nada. Sin embargo, me pesa la deshonra de sospechar que en los certámenes olímpicos vencía con su destreza y con más de una trampa. Pero eso ya nadie lo recuerda. A los héroes siempre se les disimulan los defectos.

PREFACIO DEL AUTOR

*Memento, homo, quia pulvis
es et in pulverem reverteris.*

Génesis 3,19.

Creo que es justo el reclamo de la reina Pasifae. A veces, el juicio de la historia es certero, mas cuando no lo es, su falta de equidad es inapelable.

Es frecuente que la historia en su dictamen yerre por falta de matices. La vida los tiene en tal magnitud que ninguna ciencia humana podrá conocerlos ni ponderarlos. La ciencia busca conocer con certeza y transmitir lo conocido. Para hacerlo debe encontrar la inteligibilidad de las cosas. Esta inteligibilidad es la clave que hace universalmente cognoscible una verdad. Pero a veces, la historia, en su afán por hacer inteligible una realidad, la racionaliza. Allí caen todos los matices. En ese caso se tuerce la realidad para que entre en tal o cual molde y se la obliga a responder a una definición, como si el concepto fuera anterior a la cosa.

Cuando se comete este tipo de atropello, ya es muy difícil la vuelta atrás. En este caso todo resulta tan coherente y lógico, tan claro y evidente,

que la inteligencia (que es la más perezosa de nuestras potencias) no duda ni pregunta, sino que sumisamente dictamina y repite.

La tragedia que aquí subyace tiene un origen, un ejecutor y tres víctimas.

Su causa es la estrechez del rey Minos, su constante preocupación por rotular cada cosa, su agobiante racionalismo. Él pone los cimientos a la tragedia. A simple vista, su malicia parece pequeña, pero *parvo error in principio, magnus est in fine*.

Al delito de Minos podríamos llamarlo “el pecado original” (Gen. 2-3). Su ambición lo lleva a desear la *ciencia del bien y del mal*. Él no quiere conocer pasivamente, como quien contempla lo otro; él quiere determinarlo, como quien lo posee. Su parodia de Dios es tan estrecha que, por no aceptar la limitación que supone su horizonte cognoscitivo, introduce cada cosa en sí cercenando su trascendencia.

Hace bien la reina Pasifae en considerarlo más cruel que Procusto. Sus mutilaciones son más hirientes y su prepotencia es más absurda.

Solo Dios acepta ser dueño de lo otro sin adueñarse de ello. El rey Minos es una caricatura de Dios. Al ver que las cosas no entran en su cabeza, en vez de aceptar su límite como medida de su finitud,

arremete contra la realidad y la cercena para acotarla. Minos no acepta que exista algo más grande que él.

El ejecutor de esta tragedia es Teseo. Él es el gran héroe racionalista. Él pasa por la vida gozando de un aplauso vergonzosamente alcanzado.

Teseo, como verdugo ejecuta a un inocente, como amante carece de constancia y como juez juzga sin justicia.

Recordemos que se trata de un héroe. Él fuerza cada cosa para merecer la alabanza. Su vulgaridad es tal que puede suscitar la admiración del vulgo sin más artificio que la mentira. Con su paso descalifica y destruye a los verdaderos héroes de esta tragedia. Él hace de Minotauro un monstruo temible. Él convierte a Ariadna en una mujer desdichada. Él imagina a Fedra como una esposa adúltera.

Alrededor de Teseo existe un mundo que lo supera, un cosmos de infinitos matices que no comprende, un universo de misterios que lo limitan. Teseo cercena ese mundo pleno de riquezas con lugares comunes, frases hechas, prejuicios difundidos, esquemas ordinarios.

Teseo, el gran héroe racionalista, es el paladín de la mediocridad, el paradigma de la ordinariez, el primer analogado de un mundo de copias. Su ser emblemático no guarda mayor mérito que el de

pacificar la vulgaridad de sus pares con la esperanza de una falsa grandeza.

Esta obra presenta la apología de estos tres magníficos hermanos. Como verán, las tres víctimas de esta tragedia tienen en común el ser verdaderamente grandes y sencillamente diversas. Por eso me permití subtítular mi obra: *sobre la discriminación de lo diverso*.

Minotauro es un ser portentoso. Hijo de mujer y de toro, aún la naturaleza humana y la taurina. No parece tener otro crimen que el de ser conforme a su naturaleza excepcional. Si fuera un hombre o un toro sería aceptado, pero por ser un hombre-toro es rechazado, encerrado, temido y sacrificado. Todos celebran su muerte. Lo distinto les era insoportable.

Ariadna es una mujer magnífica que vive a la sombra de un héroe de latón. Mientras estuvo junto a Teseo no supo su real valor, porque nunca fue valorada. Y no fue valorada porque no llegó a ser conocida. Teseo nunca vio en ella algo distinto de "su" mujer. Sin embargo, su suerte fue mejor que la de sus hermanos. Teseo, al abandonarla tan pronto, no llegó a destruirla del todo.

Fedra es una esposa honesta. Su sinceridad es tal que no le permite fingir sus sentimientos, sino solo gobernarlos. Su transparencia la convierte en el ser paradójico que todos seríamos de compartir su

verismo. Teseo no admite matices: o es acosada por su hijo, o es una adúltera incestuosa.

Créanme, en el pecado está el castigo. Teseo será venerado por la historia, pero no conoció lo otro y murió ahogado en sí mismo.



MINOTAURO

Tragedia en tres actos

PREFACIO DEL AUTOR

Cuando imagino la soledad de Minotauro en el laberinto quisiera ingresar en su mundo de infinitos pasillos para contemplar en medio de ese reino donde todo se repite la increíble unicidad de un hombre-toro.

Entiendo que la cortedad de Minos lo había encerrado solo por no haber otro igual a él entre los hombres. Supongo que para Minos, como para tantos hombres, todo debe tener su lugar y su nombre. Lo distinto, lo único, solo puede conocer el oscuro cobijo de un escondite.

En Minotauro no veo la violencia de un ser monstruoso. Si su cuerpo es el de un hombre con cabeza de toro, imagino su alma a la inversa. Lo creo poseedor de la fuerza de una bestia y dueño de una inteligencia aguda. Me parece que su virtud es el no estar limitado por un cuerpo débil y estrecho como el nuestro. Lo imagino vigoroso en su brío y delicado en su intelecto. Sospecho que su mayor dolor es no tener pareja. Imagino que le duele no ser reconocido como igual ni por los toros ni por los hombres. Lo veo nadar en un mar entre dos islas sin poder llegar a ninguna orilla.

Entre todas las calumnias que sobre Minotauro se han contado, la que más me irrita es la de su muerte. Imagino que la esperaba con impaciencia. Creo que se entregaba al fatigoso deber de vivir por la nobleza de sus sentimientos y por la fuerza que alienta a las bestias a alimentarse y a reproducirse sin saber para qué. Supongo que no habrá luchado contra Teseo y que la leyenda de su feroz resistencia se basa solo en la presunción. Teseo se las daba de héroe y no podía reconocer que acababa de dar muerte al delicioso cachorro de una portentosa raza.

Escribo esta primer tragedia con la intención de aclarar las ideas. Minotauro no era un monstruo.

¿Por qué habríamos de calificar de monstruoso a lo que es sencillamente distinto? ¿Llamamos monstruosas a las flores por ser hojas deformadas? ¿Nos horrorizan sus colores por diferenciarse del verde vegetal? ¿No son estambres alienados la multitud de pétalos que dan belleza a las rosas?

Minotauro tuvo por padre a un toro y por madre a una reina. Con ser medio príncipe y medio toro no hace más que cumplir con su esencia. No es toro, ni hombre. Su naturaleza no es monstruosa, es solo diversa.

PERSONAJES DE LA TRAGEDIA

- Minotauro
- Pasifae
- Minos
- Dédalo
- Ícaro
- Teseo
- Ariadna
- Coro de doncellas
- Coro de cortesanos
- Coro de las paredes

PRIMER ACTO

La escena se desarrolla en el laberinto que el rey Minos mandó construir para ocultar la infamia de Minotauro. En el telón del fondo se puede ver el plano del laberinto. El escenario está dividido por dos muros en tres sectores iguales. En cada uno se abre una puerta en el fondo. En el espacio del centro, iluminado por una tenue penumbra, duerme el Minotauro tendido en el suelo. Se oye su fuerte respiración. Fuerte, como la de un toro. En el espacio de la izquierda está el trono vacío del rey Minos. Junto a él, de pie, está el coro de cortesanos. En el sector de la derecha, inclinada sobre una litera, duerme la reina Pasifae y sobre unas gradas descansa el coro de las cortesanas.

Se enciende la luz sobre la habitación izquierda.

Cortesanos

Dirigiéndose a los espectadores:

Sabed que este reino de Candía
tiene un necio por señor
y una lujuriosa señora.
Sabed que el rey Minos pretende
poner cada cosa en su sitio
y que su mente no conoce
la humilde experiencia del límite.
Lo que no sabe, no supone.
Lo que no consta, no admite.
Lo que no imagina, no existe.

Lo que no abarca, no concibe.
Sabed que la reina Pasifae
guarda silente en su vientre
de los mismos infiernos
el más horroroso engendro.

Pausa

Silencio, que llega el soberano.
Ved nuestra astucia guiar
al necio rey en su gobierno
y a la torpe reina
en su condena

*Entra el rey Minos. Los cortesanos lo reverencian y el rey
se sienta solemnemente en su trono.*

Minos

Miradas compasivas y burlonas.
Charlas que se acallan cuando llego.
Toses que delatan mi llegada.
Impaciencia, estupor,
risas veladas.
Creéis que no soy rey;
tengo claro que algo pasa.
Hablad, fieles Ministros,
que para hablar se os paga

Cortesanos

Un grave asunto
nuestras espaldas carga.
Que ignorar
mejor os guarda.

Minos

Sabéis que el buen gobierno
la buena ciencia demanda
y que el saber nunca ha pesado
más que la necia ignorancia.

Cortesianos

Hemos de decirte algo
que puedes tener por ofensa.

Minos

Solo me ofende
vuestro cómplice silencio.

Cortesianos

Hemos de hablar de la reina
y de su extraño embarazo.

Minos

¿Es que en su vientre se agita
sangre de otro caudal?
¿Es que algún hombre ha osado
profanar de mi casa la alcoba?

Cortesianos

No es hombre, en verdad, señor;
quien el seno de la reina ha fecundado.

Minos

Fuera de sí, deja su trono y dirige su mirada al cielo.

¡Dioses rapaces, sabedlo,
no miréis a las hijas del hombre!
¡Tenéis las bellas diosas
para satisfacer vuestras ansias!
Abrevad vuestra sed en sus fuentes,
Dejad en paz nuestras hembras

Cortesianos

Haces mal en acusar a los dioses,
puedes despertar su furia.
Ve que es ruin el adversario,
ni hombre, ni dios,
ni espíritu, ni rayo.

Minos

No entiendo,
¿es un esclavo?
¿un prisionero?
¿un centauro?

Cortesianos

¿Recuerdas aquel toro
que recibiste en ofrenda?
Posidón, el dios de la violencia,
que engendra las tempestades,
y agita con olas los mares
hasta tragar los navíos,
trajo su fuerza maligna
para violentar nuestras aguas

y enturbiar tu sangre con la suya.
Mira en Pasifae la huella
que engendra en su vientre
la vida de un ser monstruoso.

Minos

¡Un toro yació con Pasifae!
¡Una bestia arrebató mi trono!
¡Un animal envenenó mi estirpe!
¿Cómo llamar este arrebato?
¿Cuál es su nombre, lo ignoro?
¿Dónde ubicar esta acción?
¿Cómo definir el suceso?

Dirigiéndose al público:

Pasifae, sé anatema,
por lujuriosa olvidaste
el noble actuar de una reina,
por lujuriosa engendraste
un ser que mi sangre no lleva,
por lujuriosa llamaste
a este reino la condena.
Cada ser ha de tener su nombre.
El nombre es la llave escondida
que abre el misterio de las cosas.
No quiero puertas cerradas,
que soy señor de este reino.
Pasifae, te nombro lujuriosa
y por lujuriosa te tengo.

*Se oscurece la habitación de Minos y se ilumina la de
Pasifae.*

Doncellas

El rey y señor de esta casa
ya conoce tu congoja.
Delante de los cortesanos
reconoció su deshonra
y tres veces, reina, te dio
el nombre de lujuriosa.

Pasifae

Mi esposo tiene por costumbre
ponerle nombre a las cosas.
Preguntadle cómo llama al ocaso del sol
y cómo nombra la belleza de las rosas.
A cada cosa cree conocer,
no por mirarlas,
sino al nombrarlas,
y si a una puerta dice: ventana;
ventana será desde entonces.

Pausa

Preguntadle si nunca
—agradecido de ser hombre—
ha deseado volar como los pájaros.
Sabed si no ha soñado
despertar en su rostro
el frescor del lirio
y asentar sus pies
con la pétrea solidez de la roca.
Sondead si no sueña
—satisfecho con su nombre—
los mil otros que no lo designan.

Que diga, si en lo oculto de su morada
no anida el sentimiento confuso
de amar lo propio
sin dejar de desear lo ajeno.

Doncellas

Conoces, señora, que el rey
sabe ceñir sus anhelos
al cauce que ha de tener
cada cosa en su venero.

Pasifae

Si yo pudiera
sin dejar de ser quien soy,
abrazar lo otro
hasta hacerlo parte de mí
y yo hacerme parte suya,
no habría ni horizonte,
ni distancia,
sino el encuentro sereno,
con lo distinto innombrable,
con lo ajeno,
con lo extranjero.
Pero no encuentro fuente
donde abreviar este anhelo,
pues todo parece atomizarse
y resistirse a mi encuentro.
Cada cosa,
como si se defendiera,
me dice: hasta aquí llega tu límite.

Pausa

Quien ama detesta las fronteras,
no hay distancia,
o no debería haberla,
entre el amante y el amado.

Dirigiéndose al público:

Decidle a mi esposo
que no es la lujuria
el nombre de mi anhelo.
Que sepa que no es un vicio,
y que tampoco es virtud;
decidle que es solo deseo.
Mostradle la ley que gravita en cada cosa
para atraerla hacia suelo;
decidle que mi corazón
también tiene su norma
que lo inclina al abrazo extranjero.
Haced que vea el Sol
que no conociendo limitación
se derrama por entero en cada cosa
y, estando en todo,
hace de la nada un ser distinto de sí.
Mostradle cómo madura el grano,
sin ser grano,
y cómo se entrega a todo
sin dejar de poseerse.
Decidle que el Sol está allí arriba
y aquí abajo.
Decidle que allí es rey
y aquí es *morenura* de esclavo

Doncellas

Señora, el rey no sabe
donde albergar el engendro.
Si es hombre habitará en el palacio
y si es un toro salvaje
la selva guardará su lecho.

Pasifae

Al rey le pesa saber
dónde ocultar su desvelo.
Decidle que en mi vientre
crece una zarza salvaje
que hiera con sus espinas
la mano que la abraza.
Decidle que siento guardar
entre mis pliegues los mares,
los bravos vientos, las altas olas,
y la furiosa fuerza de las bestias.
Decidle que no se preocupe
por encontrarle morada a mi hijo.
Decidle que hay cosas que escapan
al qué, al dónde,
al cómo o al porqué.

Pausa

Acorralamos el viento y entubamos los mares.
Acorralamos el viento
y entubamos los mares.
En el patio del palacio
apresamos el vigor de los bosques.
Enjaulamos el canto de los pájaros
y acotamos su vuelo infinito.

Domesticamos la fuerza de las bestias
y de las fieras hacemos mascotas.
Encerramos con delicado alabastro
la fragancia sublime de las rosas
y en pobres vasos de barro
el dulce jugo de las abejas.

Pausa

Cuando gira el molino
decimos: hay viento;
y no lo reconocemos
si en la barca no se ensanchan las velas.
Vemos la rosa más hermosa
y decimos: parece de cera.

Pausa

Si de esta fiebre mortal
quiere aliviarse el rey,
decidle que emigre lejos,
a los confines de este mundo;
donde el hombre aún no plasmó su huella.
Allí dirá sorprendido:
Mar, existías antes;
viento, no me necesitas;
horizonte, no te alcanzo;
cielo, no te mido

*Se oscurece la habitación de Pasifae y se enciende la
de Minos.*

Minos

Muge y llora.
Cubre su delicado cuerpo
el vello húmedo de las fieras

En la cabeza de un toro
abre sus ojos extraños
que viéndolos parecen
poseer inteligencia.
Entre su ondulado cabello
dos pequeños cuernos sobresalen,
y si sus manos son duras,
sus pies tienen fuerza salvaje.
Decidme, es príncipe o ternero,
hombre o toro,
hijo o engendro,
prodigio admirable o ser monstruoso.

Cortesianos

Nombradlo, rey, y sabréis
si es un toro humano
o un hombre taurino.
Decid qué es
y bastará para que eso sea.
¿O no eres rey
para nombrar las cosas?

Minos

Se llamará Minotauro
y por no saber lo que es
del mundo habrá que ocultarlo.
Mil muros esconderán la presencia
de este ser innombrado.

Pausa

Llamad aquí al arquitecto,
que en su arte es muy diestro.

Sabr  su pericia ocultar
de mi vista este engendro.

Entra Dédalo.

En el espacio baldío
detrás de este palacio
construid una casa nueva
para albergar a mi hijastro.
Repetid cada sala,
cada puerta,
cada estancia.
Multiplicad los pasillos
y recread las terrazas.
Que todo est  varias veces
por castigar la arrogancia
de aquel que pretende ser único,
sin igual, ni pareja, ni casta.

Dédalo

Mi pericia ense ar  a Minotauro
la rebelde unicidad de su existencia.
Castigar  la más cruel soledad
la soberbia de ser  nico.
Envidiar  las cosas que se repiten
hasta desear ser puerta,
dintel, zócalo o friso.
Desear  reconocerse en lo otro
y en lo ajeno solo verá lo distinto.
En el reino de la copia,
del reflejo y de la sombra,
cargará la culpa de un solitario destino.

Se oscurece el cuarto de Minos y se ilumina el de Pasifae.

Pasifae

Mirando hacia afuera por la puerta.

Creo que han vuelto a encerrar a la pobre Pasifae.

Creo que han vuelto a encerrar a la pobre Pasifae.

No sé cuántas veces van con esta.

Siempre me empeño en resucitar cuando ya me consideran perfectamente muerta.

Y mi vuelta a la vida es peligrosamente rápida.

No sé cuál es el detonante.

A veces son cosas distintas, pero allí estoy como esas semillas que resisten a la barrida del viento en las rendijas del muro que con complicidad las cobija.

Allí, con germinal paciencia, espero juntarme con un poco de tierra para desplegar mi vida aletargada y asomar dos tímidas hojitas al mundo.

Pero esas dos hojitas pronto se convierten en una intrépida hiedra que velozmente intenta cubrir todo el muro para hacerlo suyo. ¡Qué difícil es cercenar esta vida que yo misma aliento!

Es verdad que me complace mirar la salvaje expresión de mí misma.

Es verdad que me complace no haberme muerto del todo.

¡Qué dolorosa es la misión de ser jardín
y a la vez jardinero!
Pasifae, han de podarte,
cercenarán tu brío.

Doncellas

Señora, qué tristeza infinita
te embarga al ver esas piedras.
El rey ha dado la orden
de construir una casa
para esconder en ella su oprobio.

Pasifae

Llamáis casa a esos muros.
No veis que es una prisión.
Entendedlo, en esos cuartos oscuros
guardará asilo la misma ilusión.
Procusto obliga a cada hombre
a conformarse a su regla,
¿lo creen cruel por eso?
Minos no es menos cruel
al encerrar lo distinto solo por serlo.
¿Qué crimen ha hecho mi hijo?
¿Qué mal ocasiona su condena?

Doncellas

En este reino la ley
obliga a ceñirse a la norma;
que cualquier diferencia estorba
cuando quiere enseñarse igualdad.

Pasifae

Le estorba al roble
el aroma de las rosas.
Se afligen los mares
por enfrentar con su embate
la dureza de las rocas.
La fluidez del vino
no halla concierto en la copa.
Siente molestia el pez
al ver en el cielo las aves.
Se angustian las estrellas
al ver la alborada.
No seáis ciegas,
este reino no ama la igualdad,
este reino corta las alas,
mutila los pies,
cercena las ansias.
Minos, el peor de los déspotas,
repite cada cosa
para olvidarnos
la urgencia de ser únicos.

SEGUNDO ACTO

La escena se desarrolla en el mismo escenario. En el espacio central duerme Minotauro. En el de la izquierda, sentado frente a una mesa de trabajo, en medio de rollos de pergamino, está Dédalo con Ícaro. El coro de las paredes está oculto detrás del decorado.

Se ilumina el sector de la izquierda.

Dédalo

Haz de saber, hijo mío,
que lo igual confunde
y solo lo distinto
sirve de referencia.
Es por eso que en este reino
se castiga con rigor la diferencia.

Ícaro

Sé, padre, que al enseñar un camino
decimos: *doblad a la derecha*
en el roble torcido,
o: seguid cinco pasos
después de la columna truncada.

Dédalo

Así es, hijo mío,
lo que se repite
o se multiplica
no engendra en la memoria
el recuerdo indeleble.
Lo común hiere nuestra vista
con una superficial herida;
solo lo único
la marca para siempre.

Ícaro

Recordamos el año
en que las brevas
maduraron en marzo,
y entre todos los árboles
nos asombra el almendro
que florece en invierno.

Dédalo

Allí esta la clave
de este laberinto
que el noble rey Minos
me encomendó construir.
Si hubiera hecho una gran sala
y otras pequeñas;

si tuvieran formas distintas
y variadas alturas;
si la distribución de las puertas
cambiara en cada estancia;
Minotauro sabría tomar
esa distinción por referencia.
Hubiera podido decir:
Ya pasé por aquí,
o: este lugar lo recuerdo.
Pero lo terrible del laberinto
es que cada habitación se repite
en altura, anchura,
profundidad y decorado.
Allí no hay ventanas, ni terrazas;
nada puede decir
si hay sol o está la luna.
Las gruesas paredes aíslan
el mismo efecto del tiempo.
Minotauro nunca sabrá
de días y horas;
su devenir no guardará
el rítmico compás
que mide el ciclo de lo eterno.

Ícaro

El suplicio de vivir así

ha de ser un mal tremendo.
¿Qué crimen espantoso
castiga ese laberinto horrendo?

Dédalo

Con la más grande pena se hiere
a quien el mayor delito comete.
Minotauro por ser distinto,
un grave castigo merece.

*Se oscurece la habitación de Dédalo y se ilumina el
centro.*

Minotauro

Añoro ese flujo y reflujo
que nos invita a darnos
con la esperanza de volver a recibimos.
Pero aún no, deberé esperar.
Soy muy paciente;
aunque la verdad es que ya me parece hora.
Me pregunto dónde están esos seres
magníficos
que me visitan por las noches
cuando el respirar se me hace liviano
y los ojos y el cuerpo pesado.
¿Habrán seres ocultos detrás de estas paredes?
¿Habrán alguna habitación habitada

en este palacio infinito
a la que nunca he llegado?
Aún nadie ha venido a buscarme.
Espero que cuando me descubran no sea
tarde.
Quizá quien me encuentre
no se anime a alcanzarme.
He oído decir que mi aspecto es temible.
Espero que quien sea
no se deje espantar por las apariencias.
Espero que no sea tonto.
Estoy aquí, cerca de él.
Si a mí me basta cerrar los ojos para
encontrarlo,
a él le bastará estirar su mano para tocarme.

Coro de las paredes

En esta extraña prisión
nos tienes por compañeras.
Fuimos alzadas con destreza
para castigar tu unicidad.
No podrías distinguirmos,
todas somos iguales,
¿crees que repetirse
es mejor que ser distinto?

¿Crees que encontrar tus pares
te libra de soledad alguna?

Minotauro

Guardo en mi mente,
como algo anterior al recuerdo,
como algo que la memoria no alcanza,
el suave calor de un abrazo.

Pausa

No podría afirmar si existió,
ni cuándo fue,
ni quién lo dio,
pero allí está,
en el fondo.

Allí, sin saber porqué,
encuentro gratos y familiares
el tibio sabor de la leche
y el cálido amparo
de las cobijas de mi litera.

Pausa

No sé si existió,
pero estoy cierto de que habrá de ocurrir.
Si ya fue, deberá repetirse;
si no existió, deberá darse.

Pausa

A veces me pregunto

si es seguro mi credo.
A veces también desespero,
es que llevo tantos años esperando...

Pausa

Pero siempre me sobrepongo.
Pienso que hay agua porque hay sed
y que al apetito responde el alimento.
¿Será este un anhelo sin respuesta?
¿Será mudo este deseo?
¿Será sordo su objeto?
¿Serán tan distantes sus moradas?

Pausa

Es verdad que cada tanto
siete varones y otras tantas hembras
ingresan ruidosamente en mi casa.
Apenas escucho su entrada
corro presuroso hacia ellos.
Solo entonces desespero;
esta casa tiene tantos cuartos.
¿Pasé por aquí?
¿Doblo o sigo derecho?
¿Es esa puerta o la otra?
¿El pasillo del costado
o el corredor del medio?

Pausa

Al verme gritan y sollozan.
Las mujeres lloran
y se cobijan tras los hombres.
Los hombres las empujan
y se esconden tras ellas.
En medio de aquel ruidoso baile
veo como sus brazos se enlazan.
Son graciosos y tiernos.
Sus manos no son como las mías.
He visto que las ahuecan
y al frotarlas sobre otros
le dan alegría y consuelo.

Pausa

Celoso me acerco hacia ellos
y cuando copiarlos intento
lloran gemidos lastimeros.

Pausa

Quisiera poder abrazarlos,
pero mis brazos son rectos
y mis manos carecen de dedos.
Quisiera ahuecar mis palmas,
pero son duros mis miembros.

Pausa

Entonces hincó en sus carnes
estos, mis cuernos diestros,

y abrazo sus suaves cuerpos
queriendo darles consuelo.
A veces algunos gritan,
pero siempre es solo un momento.
Después ya no hay más llanto,
ni dolor,
ni gemidos,
ni miedo.
Un dulce dormir los embarga,
y yo arrastro sus cuerpos
a alguna sala más fresca
para que sigan durmiendo.

*Se oyen unos gritos y ruidos. Minotauro busca orientarse
para ir a observar su causa. Gira por la sala investigando
el origen de los ecos. Se desespera por no saber de
dónde provienen. Irrumpe Teseo.*

Teseo

*Haciendo alarde de pretendida valentía
Bestia monstruosa, no te temo.
Sangre de dioses y reyes
alienta mi valentía.
Mi nombre es Teseo
y he aquí que traigo
de Atenas mi aguda espada
para ultimar tu arrogancia.*

Minotauro

Teseo, tu nombre es bello.
¿Sabes que el mío no conozco?
Todas las cosas de esta casa
tienen el nombre que les pongo.
A las puertas llamo puertas
y a los pasillos así los nombro.
Y repitiéndose mil veces
los llamo del mismo modo.
¿Pero no sabría llamarme,
estando como estoy tan solo?

Pausa. Reflexiona:

¿Bestia monstruosa, has dicho?
Amigo, elige otro apodo.

Teseo

Tu nombre produce temor
entre los hombres
y envidia entre las fieras.
No tienes igual, ni pareja.
Y agradezco por ello a los cielos.
El horror no debe aparearse,
ni el mal multiplicarse.
Tu nombre es Minotauro
y tan solo con decirlo
la misma sangre se hiela.

Minotauro

¿Minotauro?
¿No es hermoso?
Nunca escuché mi nombre
y el oírlo me llena de gozo.
Dime, que vienes de lejos,
¿hay Minotauros en Atenas?
¿Viven mis hermanos en tus tierras?

Teseo

No he visto en todo el orbe
hombre o animal
ni dios que se te compare.
Ni veo en el horizonte
la angustiada esperanza de ver tus pares

Minotauro

Llora.

Nunca he llorado,
pero he visto llorar
a los hombres y mujeres
que reclamaban mi abrazo.
Teseo, si tuvieras mis cuernos
yo mismo te pediría
que abracés con ellos mi carne
para sanar sus desvelos

Teseo

Ves esta espada, Minotauro.
Es como un cuerno de acero.
Por ella se aliviarán
tus dolores y los nuestros.

Minotauro

Quisiera dormir el sueño
que duermen tus compañeros.
La soledad es menos densa
cuando el reposo es sereno.

Pausa

¿Sabes? Hay veces
en que un vigilante anhelo
acorta el suave dormir
justo en medio de un sueño.
Y cierro con fuerza los ojos
y atajo en mí las imágenes
y a levantarme yo mismo me opongo;
solo por no quedarme solo.

Pausa. Reflexiona

Si el abrazo del cuerno de acero
me hará dormir para siempre
sin temor al despertar:
hunde en mi pecho tu frente
para aliviar mi pesar.

Solo en sueños encontraré otros Minotauros.
*Se oscurece el escenario y una luz proyecta las sombras
de Minotauro y Teseo. Ambos se abrazan y Minotauro
cae muerto.*

Coro de paredes

Lloran las puertas
y plañen las piedras
Sollozan las losas
y gimen las techos.

Pausa

Ha muerto el señor de esta casa,
el único-único,
el solo-solo,
el que no conoció compañero.
Todo podría no estar
sin perderse con eso
nada que fuese de precio.

Pausa

Ha muerto el señor de esta casa,
el único-único,
el solo-solo,
el que no conoció compañero.
Las cosas que se repiten
lloran su duelo en silencio.

Pausa

Teseo, ¿qué nos has hecho?
Por grande que sea tu valor,
por seguro que esté tu reino,
por brava que sea tu gesta;
sobre esta ancha tierra
no verás ya nunca
prodigio como este engendro.
Toma tu hilo y vete,
no cerraremos tu paso,
ni confundiremos tu regreso.
Sal de esta casa enlutada
por la ausencia de su dueño,
el único-único,
el solo-solo.

Pausa

Duerme Minotauro,
sea tu dormir sereno,
las cosas que se repiten
guardarán seguro tu sueño.

Pausa

Vigilaremos tu reposo
y esperaremos tu despertar
para tenerte otra vez por dueño,
el único-único,
el solo-solo,
el rey y prisionero de este reino.

Teseo tira del hilo y sale por la puerta en penumbras.

TERCER ACTO

La escena vuelve a mostrarnos el mismo decorado. En el centro el Minotauro está muerto. En el espacio de la izquierda está Ariadna.

Ariadna

De mi vientre como del materno
un hilo alienta la vida
del hombre cuyo nacimiento espero.
En las puertas entreabiertas
de este útero funesto
como hábil matrona
lo atraigo hacia mí,
mas él no responde.
Hace ya un tiempo
que inerte se ha quedado.
¿Habrán muerto Teseo?
¿Habrán mi hermano
herido nuevamente mi esperanza?

Pausa

Dejaré sin ser vista el palacio
y me abajaré valiente en mi flaqueza
hasta el mismo infierno de Minotauro.
Este hilo marcará mi senda.

El lino me servirá de guía.
Me acercaré al hijo de mi madre
y yo misma castigaré su ofensa.

Pausa. Contempla el hilo que se agita.

¿...¿Qué es esto?

El hilo se mueve...

Pierde tensión este tiento...

¿Signo es de vida o de muerte?

¿Presagio de pesar o de aliento?

Entra Teseo con el ovillo de hilo y la espada ensangrentada.

Teseo, mi corazón recobra
el rítmico compás de la vida.

Las plegarias que elevé a los dioses
han sido escuchadas.

Vuelves vivo.

Al hilo de mi astucia
uniste tu valentía.

¿Has visto a mi hermano?

¿Le has dado muerte segura?

Teseo

Con altivez.

No llames hermano
al más monstruoso de los monstruos.
Solo la bravura de mi sangre
pudo resistir la *reciedad* de sus embates.

Mira, Ariadna,
esta enrojecida espada
puso fin a su oscura vida.

Ariadna

Dos espadas atenienses
cercenaron el devenir resuelto
de dos hijos de mi madre.
Odí tu patria cuando dio muerte a Andrógeo,
pero la alabo ahora por ejecutar a Minotauro.
¿Podrá tu espada portentosa
librarnos también de su sombra?
Siempre me agita en las noches
el doloroso recuerdo
de su infeliz nacimiento.
¿Sabes que su cuna fue una jaula?
¿Sabes que tuvo por nodriza una vaca?
Por dos largas lunas
mi padre lo guardó en el establo.
El laberinto se construyó con premura
para alejar de nuestra ingenua mirada
su desgraciada presencia.
Pero su sombra siguió entre nosotros.
El no poder nombrarlo,
su nombre proclamaba,
y el no querer mirarlo,

en la ceguera, lo ostentaba.
Sabes, no se esconden las sombras,
ni se encierran los fantasmas.
Como el aceite filtran las piedras,
las rendijas y las trabas.
Llegan a la mente,
no por el ojo que se cierra,
ni por el oído que se tapa,
por el corazón que late
y teme...
y sufre...
y sangra...

Teseo

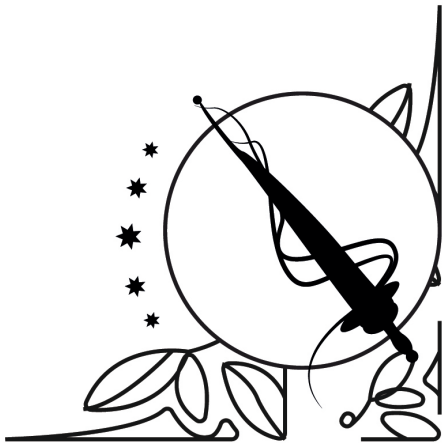
Nunca vi un toro tan grande,
ni un león más hambriento.
No hay fiera tan salvaje
que equipare este engendro.
Me dices que de pequeña
te atemorizaban los cuernos
de ese pequeño ternero.
Imagínalos crecidos
como dos espadas de acero.

Coro de las paredes

¡Embustes, mentiras, patrañas!
No eran grandes sus cuernos,
sino la angustia de tu terror
y la altivez de tu cobardía.
¿No viste que deseaba más tu amistad
que saciarse con tu sangre?
Los hombres necios y vanos,
por no saber ni poder construir,
destruyen y, por presumir,
ocultan su falta falseando.
Mientes, Teseo, por fabular tu proeza.
Escucha la profecía
de estas paredes que dejas sin dueño:
Te alabarán los hijos de Atenas.
Reinarás entre los hombres de Egeo.
Engendrarás en Ariadna
la torpe pasión y el anhelo.
Creerá que al emparejarte
se eleva hasta el mismo cielo,
mas el tiempo habrá de enseñarle
que contigo se hunde en el infierno.
tú, morirás solo.
Así mueren quienes por criterio
confunden amar con pretender
ser siempre amados.

Eliges ser un héroe,
conoce su reverso:
ganarás severas batallas,
te premiará la envidia de tus pares
y el asombro de tu pueblo.
Habiendo obtenido tanto,
y en medio de tanto premio,
no habrá llanto de hermano,
ni angustia de compañero,
ni amargas lágrimas de viuda,
ni dolor alguno sincero,
cuando esta mentira pase,
y develado el misterio,
del héroe no quede nada,
solo ceniza y silencio.

FIN DE LA TRAGEDIA



ARIADNA

Tragedia en tres actos

PREFACIO DEL AUTOR

De los tres hijos de la reina Pasifae —debo admitirlo—, Ariadna es quien menos me agrada. Su complicidad con Teseo me parece intolerable. Al verla sola en la isla de Naxos, siento deseo de reprocharle: *has visto, Ariadna; debiste estar mejor prevenida con Teseo. Esto les pasa a quienes creen en sus embustes.* Pero pensando de este modo, yo mismo me apresuro a disculparla. Las mujeres se muestran sumamente vulnerables ante la “heroicidad” de los hombres. Un sentimiento ancestral les hace pensar que es en el hombre en quien tienen que apoyarse. Quizá Dios mismo engendró en el fondo de su alma esta tendencia para que no se aprovechen de nuestra debilidad.

Entiendo que a Ariadna no debemos recordarla gimiendo y agonizando en una playa solitaria. Es una mujer fuerte y valiente. En verdad, su error fue creer que el fuerte y valiente era Teseo.

Supongo, por otra parte, que no es meramente una “víctima” de la heroicidad de Teseo. Creo que Ariadna es el arquetipo de la mujer que elige el segundo plano solo porque prefiere estar que hacer; amar que proveer; cobijar que defender.

Su posponerse no la menoscaba en absoluto.

Ella hubiera hecho de Teseo un gran hombre. El “estar” de Ariadna le hubiera dado solidez al “hacer” de Teseo. Solo cuando Teseo se va, ella da un paso hacia adelante. Ya no hay por quien posponerse; por eso se convierte en una diosa.

Entiendo que en Ariadna se da algo de increíble actualidad. Por siglos la mujer ha sido objeto del arte. La mujer se ha pospuesto para que sea el hombre el primero. El hombre ha sido el sujeto que la ha cantado, pintado, modelado, soñado...

La mujer ha preferido inspirar el sueño de los hombres que soñar. Es la mujer quien ha hecho grande al artista. Su “estar” ha sido silencioso. Conocemos los nombres de los hombres que han hecho grandes obras, pero ignoramos la identidad de las mujeres que los inspiraron. Las artistas han sido proporcionalmente pocas.

Solo en esta época de gran ausencia de masculinidad vemos que la mujer avanza hacia un primer plano. Como Ariadna, habiendo partido Teseo, la mujer de nuestro tiempo se convierte en sujeto del arte. Ahora habremos de ver cuáles son sus sueños. Hasta ahora, las mujeres artistas han soñado al modo de los hombres, o por lo menos, han tenido que encauzar sus sueños en los cánones

establecidos por la masculinidad.

No lo vemos por falta de perspectiva, pero en el siglo venidero contemplaremos un arte nuevo, fruto del sueño femenino. Nuevo no significa mejor, ni siquiera bueno.

Teseo se ha escapado cobardemente y Ariadna, desposada con Dionisio, se convierte en una diosa.

PERSONAJES DE LA TRAGEDIA

- Ariadna
- Teseo
- Afrodita
- Artemisa
- Coro de piedra

PRIMER ACTO

El primer acto repite por entero el tercer acto de “Minotauro” que se prolonga con cuanto sigue, de modo que en la representación completa de la trilogía forman un solo acto.

Ariadna

Valiente Teseo.

¿Qué puede una mujer

sin un hombre por dueño?

Son débiles nuestras manos

y es delicado nuestro esfuerzo.

Mis brazos no podrían

siquiera alzar tu espada.

Diste muerte al monstruo siniestro

que oscureció con temor mis días

y con vigilia mis noches.

Por ser mi liberador,

te pertenezco.

Te abriré mi corazón,

te adentraré en mi lecho

y entre tus brazos seguros

aliviaré mis desvelos.

Teseo

Ariadna, debo volver.
Mi padre, el rey Egeo,
otera el horizonte
esperando mi regreso.
Ven conmigo a mi patria.
Me espera un destino regio.
Comparte mi suerte magna.

Ariadna

Esta isla me vio nacer
y sus vientos mecieron mi cuna.
El mar que nos circunda
coincide con mi horizonte.
Alimenté mi raíz en esta tierra
y abrevé mi sed en sus mares.
No tengo otro suelo por patria,
ni otro mar por frontera.

Teseo

Si me amas,
amarás mi casa.

Ariadna

Si me amas,
me harás su señora.

Teseo

Ven conmigo y te haré
reina del mundo entero

Ariadna

Tu casa será la mía,
tu fuerza será mi techo,
tu honra será mi piso
y mi alimento tu lecho.

*Pausa. Mirando hacia el público, como quien mira el
horizonte.*

Corona de mar y cielo
que circundas este reino,
abre tu muralla invisible
a la nave de Teseo.

Me adentraré en tus entrañas
sin temor extranjero;
desde hoy esta, mi tierra,
será solo mi destierro.

Salen Teseo y Ariadna. Se oscurece el escenario.

Coro de las paredes

Princesa, no dejes tu reino,
para embarcarte en lo incierto.
Teseo, por presumido
peca también de embustero.

No es más fuerte que tú,
ni sabe medir tu mérito.
De no prevenirlo tu astucia,
de no contar con tus rezos,
de ofrecer resistencia tu hermano,
no hubiera a tus brazos vuelto.
Princesa, te prevenimos:
los héroes y sabios de Atenas
destruyen todo lo nuestro.
Dos príncipes de tu sangre
por sus manos fueron muertos.
No vayas tú a morir
entre estos hombres funestos.
Princesa, te prevenimos:
en Grecia reinan los genios
que a tu padre corrompieron.
Eran griegos los maestros
que alentaron su criterio.
Eran griegos los libros
que impía su ciencia hicieron
Le enseñaron que la mente alcanza
para abarcar el misterio.
Princesa, esa tierra no es la tuya;
no son sus dioses los nuestros.

SEGUNDO ACTO

Ariadna se encuentra en la isla de Naxos. Unas piedras rodean el escenario. Se oye el ruido del mar.

Coro de piedras

Ariadna, noble princesa,
aquí solo a nosotras
nos tienes por compañeras.
Los hombres nos creen estables
y las mujeres insensibles
porque el parecer no mudamos.
Nos llaman altivas
porque al mismo mar enfrentamos.
Pero somos madres del fuego
y cauce del fresco arroyo.
En la muralla amparamos
y en el puente unimos.
Nuestra naturaleza no es mala.
Ábrenos tu corazón;
confíanos tu desgracia.

Ariadna

Vivo en una isla solitaria.
Aquí estoy sola.
Aquí no hay nadie.

Aquí no existe
lo que nos enseñan a llamar “el otro”.
Me pregunto si en realidad habita
reino que no sea soñado.
Cada vez que creí encontrarlo
surgió –casi simultáneamente–
la frustrante experiencia
de estar frente a “lo otro”.
Parece solo un juego de palabras,
pero es infinita la distancia.
“El otro” es quien responde a mi pregunta,
quien ha de complementar mi indigencia.
“El otro” es la respuesta íntima
a este hallarme incompleta y solitaria.
“El otro” es la riqueza del abrazo,
es la gracia del encuentro,
es la alegría de no estar sola.
“Lo otro”, por el contrario,
es lo adverso, lo inaccesible;
es una existencia separada de la mía,
es la amputación de mí misma,
es mi límite,
es la frontera que me dice:
detente, aquí no entras.
De joven,
al ver las multitudes que rodeaban el palacio,

me detenía a contemplar cada hombre
y con renovada esperanza me preguntaba:
¿será este?
La respuesta siempre fue un resignado:
“todavía no,
quizás mañana”.

Coro de las piedras

Nosotras sabemos que solas
no levantamos los templos.
Abrazamos las orillas distantes
amalgamadas como una cadena.
Nuestro secreto está en conservar el lugar
que dispuso el arquitecto.
Que el cimiento es cimiento
y el soporte no es puntal.

Ariadna

Cuando el navío de Atenas
trajo a las jóvenes víctimas,
un joven gallardo y hermoso
se destacaba entre todos
por su ánimo subido
y su arrogancia cierta.
No suspiraba ni gemía.
No suplicaba clemencia.

Erguido parecía decir:
conmigo no podrán.
Yo, siendo una princesa,
me sentía tan débil
y él, yendo al cadalso,
parecía omnipotente.

Pausa

¿Y era yo tan débil?

Pausa

¿Y era él tan fuerte?

Pausa

Sé que la soledad del Sol
recibió la Luna por respuesta.
Pero ella solo aparece
cuando él ya se ha ido.
Espero que alguna vez se alcancen.
¿O es que los dioses se complacen
en promover el desencuentro?

Coro de piedras

Desde siempre sostenemos
la terrosa cáscara que nos oculta.
Ahonda tras los campos floridos,
cava en medio del bosque,
sondea el fondo de los mares:
allí estaremos.

No tenemos color,
ni sabor,
ni aroma.
Nuestra esencia es estar,
no aparecer.
Nadie nos ve
y nadie sabe...
Cuando el pastor reposa al mediodía
bendice la tierna hierba que lo mulle
y la fresca sombra que lo cobija.
Nadie nos ve
y nadie sabe
que las pasturas
y los árboles
se apoyan en nosotras.

Ariadna

Piedras eternas,
cortadas y pulidas por manos artesanas,
edificasteis la triste casa de mi hermano.
Abrazasteis con un muro su desdicha
y acompañasteis su soledad dolorosa.
Cobijasteis su vida
y guardasteis su muerte.
Mi destino me hermana
otra vez con Minotauro.

Pétreo laberinto de esta isla,
te convoco.
Cimientos ancianos,
a vuestra sabiduría me encomiendo.
Rocas eternamente estables:
¿Qué será de mí en esta isla solitaria?
¿Qué será de mí sin un hombre?

Coro de piedras

Ariadna,
¿qué será de él sin ti?
¿Hubiera encontrado Teseo
de nuestra trampa la salida
sin la astucia de tu artificio?
¿Hubiera podido librarse
de las huestes de tu padre
sin llevarte al exilio por compañera?
¿Hubiera podido jugar a ser héroe
sin tu asombro admirado y reverente?
¿Se hubiera sentido fuerte
sin tu debilidad fingida?
¿Crees que no puedes vivir sin él?
Piensa qué será de él,
pues no te tiene.

Ariadna

Vosotras sois fuertes
y vuestra gravedad es eterna.
Mirad,
mis brazos son débiles
y mi ánimo es voluble.
El dolor nos hiera más
y el cansancio se despierta
antes en nosotras, las mujeres.

Coro de piedras

Ambas construimos la morada
que hogar los hombres gustan llamar.
Ambas tendemos los puentes
que las distantes márgenes concilian.
Tu esencia es como la nuestra,
no desconfíes de tu fuerza.
Ten en cuenta que la diferencia
radica en la vana inconstancia.
Es verdad, somos eternas,
y esto funda nuestra firmeza.
Tu debilidad no está en tus brazos,
sino en el devenir continuo
de la veleidad que no persevera.

Sé fuerte como una roca
y verás cómo resistes
de los hombres la ausencia
sin llorar tu soledad.

TERCER ACTO

Ariadna es llevada por Dionisio al Monte Olimpo. Allí hay tres pedestales, en el del medio está Ariadna. A ambo lados, sendas estatuas de Afrodita y de Artemisa. La morada de los dioses está solo sugerida, pero la acción transcurre afuera, en medio de unas rocas.

Ariadna

Diosas del monte Olímpico,
Dionisio me ha traído
para habitar el suelo sagrado.
Mis días solitarios han cesado,
ahora os tengo por hermanas.

Afrodita

Sangre de reyes y dioses
alienta tu noble vida.
Grandes pruebas superaste
y de la ayuda viril prescindiste.
Tienes gran mérito, Ariadna,
mereces habitar este reino.
Bien quisiera hallar placer
sin deberlo a los mancebos.

Noble posesión de uno mismo
es saciarse en la propia fuente

Ariadna

Tú lo nombras nobleza,
yo lo llamo egoísmo.
En verdad, es grato no poseerse
cuando darse es compromiso

Afrodita

Donarnos nos empobrece
y empobrecerse es vicio.
Prefiero tomar de los otros
que dar de lo que es mío.

Ariadna

Es esta la divina ciencia
que aquí se profesa.
Es ese el saber glorioso,
por el que merecen las diosas
elevarse sobre la necesidad de los hombres
*Pausa. Decepcionada mira a Artemisa, como si quisiera
encontrar alguien en quien confiar.*
Artemisa, tú no piensas así.
¿Verdad que tu parecer es otro?

Artemisa

Sabes que siempre con Afrodita discrepo,
mas hoy complacida su parecer acepto.
Ariadna, valoro tu acción,
la independencia que mi aplauso merece.
La suficiencia nos hermana.
Yo cazo venados en los montes
que en la mesa deleite me ofrecen.
Nadie provee mi alimento;
mi arco y mi brazo son suficientes.

Ariadna

Pues yo amo que cacen por mí
y que el fruto de su andanza
entre mis dones conmigo compartan.
Mis manos cocerán las carnes
con jugos y sabrosas salsas
y sentado un hombre a mi mesa,
de su destreza y mi obranza,
nos saciaremos los dos;
que el solitario nunca se sacia.

Afrodita

Tu parecer nos agravia.
Nos llamas hermanas
y desdeñas nuestras palabras.

Decide ahora si deseas
morar para siempre este monte
o vivir en las tierras bajas

Ariadna

Mirando al público.

Rocas del Olimpo,
eternas estelas,
lápidas sagradas
preciosas piedras,
hermanas constantes
os convoco a escucharme.
He dejado mi reino y mis padres
entendiéndome ya dueña de mi rumbo.
Me he entregado a Teseo
por creerlo constante y maduro.
Me ha dejado mi hombre,
entre los mares oscuros,
en una isla silente y solitaria.
Allí afronté la bravura de las olas
y la codicia feroz de las bestias.
Allí encaré los vientos,
el frío y el hambre implacable.
Allí soporté la soledad
y del amor la abstinencia.
Me enaltecí en el destierro

hasta convertirme en una diosa
y fui conducida a este monte
esperanzada de “el otro”.
Aquí solo encuentro
soberbia y egoísmo,
ambición y codicia.
Yo solo quería un esposo
a quien darle mi vientre
para fecundar sus retoños.
Yo solo quería una casa
para llamarla mía,
suya,
nuestra,
de todos.

Pausa

Este aire malsano me agobia;
me falta el aliento del todo;
las piernas se me entumescen;
quiero llorar y no lloro.

Pausa

Se me endurece el corazón,
la frente, los dedos, el rostro.
Mis manos ya son de piedra;
siento mis pies de plomo

Pausa

Vosotras sois las culpables.

Me sedujo vuestro aplomo.
Me hablasteis de permanencia,
de librarme del antojo.
Me enseñasteis a ser fuerte,
a valerme sin el otro.

Pausa

Aquí tenéis el fruto funesto:
un monumento notorio,
una estatua sin alma,
un yermo peñasco rocoso.

FIN DE LA TRAGEDIA



FEDRA

Tragedia en cuatro actos.

Basada en El Hipólito de Eurípides

PREFACIO DEL AUTOR

Cualquiera podrá preguntarse si la re-edición de un clásico no conforma una cierta profanación. Los años hacen venerables las ideas que los sobreviven. En medio de la superficie que cambia, subsiste el inmutable permanecer de lo eterno. Cualquier idea que mantiene su vigencia a lo largo de veinticinco siglos merece el más solemne respeto. Sin duda, ha “tocado” la Verdad inmóvil.

Por eso, al presentar aquí una nueva versión del Hipólito de Eurípides, no quiero enmendar nada del original, que considero extraordinario. Mi única intención es contar esta historia como yo la comprendo. Los libros, como los líquidos, adquieren la forma del recipiente una vez que son vertidos en él. De cada lector surge una nueva historia y es mi intención contársela, para que fecunde en usted, querido lector, con su propia impronta.

Le confieso que mi relato busca enaltecer la castidad de Hipólito. Por eso he querido señalar que no se debe a la falta de deseo como en la tragedia de Eurípides, ni al hecho de estar enamorado de Arida como en la obra de Racine. En mi versión Hipólito ama profundamente a Fedra, pero sabe que su deber es no entregarse a ella.

Esta primera finalidad me exige rescatar a Fedra. No podría entender que un hombre como Hipólito pueda enamorarse de una reina atormentada por sus veleidades; ni acepto figurarme una Fedra plañidera y vengativa al gusto cortesano del siglo XVII. Mi Fedra será una princesa de sangre tormentosa. Es la hija del juez de los infiernos y de una reina escandalosa. Su herencia aún la ley que regula y el impulso que desgobierna. Su destino es doloroso, no es fácil conjugar lo opuesto. Su nacimiento la marca como a su hermanastro, el Minotauro. Su vida la encierra en un laberinto del que –curiosamente– también Teseo es el inesperado redentor.

Por eso mi tragedia se llamará: Fedra. Será un intento de desagravio.

Es posible que los siglos no recuerden mi historia. De todas formas será para mí un placer habérsela contado.

PERSONAJES DE LA TRAGEDIA

- Artemisa
- Afrodita
- Fedra
- Hipólito
- Teseo
- La Nodriza
- Forbas
- Coro de mujeres
- Coro de cazadores
- Coro de pastores

PRIMER ACTO

La escena se desarrolla en el magnífico palacio del rey Teseo en Trozén. El atrio es austero y solemne. Las cuatro columnas dejan tres espacios intermedios. En el del centro se ve la entrada al palacio; a la derecha de esta se levanta una imponente estatua de Artemisa; a la izquierda otra de igual tamaño de Afrodita.

Artemisa

Por bosques sagrados de espesos follajes
corrí con el arco tenso y la mirada atenta.
No crean que es la holganza el motivo de mi
caza.
Guarda mi custodia el derecho del casto
y la virginal reserva
que paciente aguarda el momento de donarse.
No me crean estéril, ni fría o avarienta,
ni resentida o temerosa.
Amo la fecunda transmisión de la vida,
pero sé que a lo bueno el mal uso malogra.
Por eso son muchas las horas de mi vigilia,
mas quien añora el orden no debe entregarse
al sueño.

Siglos lleva alcanzarlo y basta un instante para perderlo.

Afrodita

¿Pueden los dioses pensar sobre lo mismo tan contrario?

¿Es posible que tengamos al respecto opiniones tan adversas?

Muy otro es mi parecer; casta Artemisa.

Tu deber es estar despierta,
pues mira, en verdad, mi sueño es eterno.

Dormir y adormecer;

ésa es la misión que me fuera encomendada.

Nacida de las conchas marinas,

mi reino es el incierto mar de los sueños.

¿Construirás alguna firmeza sobre un acuoso
cimiento?

¿No es más propio dejarte mecer por las olas
como en los brazos de la nodriza?

Pausa

Tú, que habitas en las verdes espesuras,
sabes del solitario destino del olivo

que fecunda sus ramas hundiendo las raíces
en la oscura frialdad de la negra tierra.

Mi mundo no tiene raíces;

su firme ligazón estorba al moverse.

Como el ancla segura,
la raíz impide a la barca adentrarse al mar
abierto .

Pausa

Me hablas de espera y de paciencia,
alientas la sabia virtud del sensato.
Mira, mi consejo es prudente.
Si llega el ocaso: acércate a la lámpara.
Si el frío te hiere: arrímate al fuego.
Si enfrentas lo duro: bordea el obstáculo.
Si la soledad te agobia: busca compañía.
No te empeñes en hablarme de un solo
camino.
Los senderos son tantos como son los
andantes.
Sé que me hablarás de tu fiel Hipólito.
Mas yo te digo: mira, tengo cientos de hijos.

Artemisa

¿Piensas que el número confirma tus razones?
No es eso confundir la verdad con el consenso.
Mil hombres mentirosos podrían sostener lo
falso
y bastaría un honrado para escuchar de sus
labios lo cierto.

Afrodita

El océano inmenso brotó la espuma de mi casta.

¿Has visto algo más hermoso que las olas?

Tú que confías en la sólida permanencia de las rocas,

¿no has notado que la perseverancia del agua horada la dura altivez de la piedra?

A quienes pretendan combatirme, les prevengo:

si tus flechas son mortales, las mías no las yerro.

Dame un tiempo y te mostraré mis progresos.

Hipólito me ha ofendido

pretendiendo seguir tus castos consejos.

Tú que eres virgen no sabes,

mas yo conozco el secreto:

basta saber presentar a cada hombre su objeto.

Este joven valora lo verdadero, lo bueno y lo bello,

pero verás que hay hombres que guardan un código secreto

que lo llevan a elegir esto,

a posponer eso

y a postergar aquello.

He observado a Hipólito.

Puede decirse que nunca actuó contra lo bello

y rara vez contra lo bueno,
pero su espíritu soñador muchas veces lo
opuso a lo verdadero.
Pues escucha ahora mi plan:
opondré a su injuria mi venganza.
Mi seducción será plenamente bella,
medianamente buena
y en nada verdadera.
Enviaré a mi hijo Eros con sus flechas
encendidas y
verás que son más portentosas que las tuyas.
Eros es un joven alado con los ojos velados
por un lienzo.
Su inconstancia no le permite alcanzar la
madurez,
su ceguera no lo obliga a las razones.
Sus dardos unen dos corazones en un abrazo
irresistible,
sin guardar proporción, ni equilibrio, ni
concierto.
Con agudas saetas confundirá el corazón de
Hipólito
y el de la esposa de su padre Teseo.
Verás la belleza y bondad de Fedra
ocultar la mentira del incesto

Artemisa

Yo creo en el amor
mas no en el que es inmaduro y ciego.
Los árboles del bosque que juntos ahondan
sus raíces
crecen acompañándose serenos
y sus ramas se abrazan para siempre.
Créeme, los he visto morir entrelazados
y mostrar dignos su seca cornamenta
como signo de su fidelidad perpetua.

*Entra en escena, por la derecha, un grupo de pastores
conducidos por Forbas*

Coro de pastores

Silencio, aquí llega el hijo de Teseo.
Si la reina de las amazonas
fue vencida por el vigor hercúleo,
el hijo portentoso no conoce
el amargo sabor de la derrota.
Su invicto poder
lo hace ponerse por encima
del común de los mortales.
Tiembra, príncipe sin mancha,
cuanto más alto intentes llegar,
más te dolerá la caída.

Llega Hipólito rodeado de un grupo de jóvenes cazadores. Vienen cantando letanías a Artemisa, diosa de la caza.

Coro de cazadores

Artemisa, casta diosa,
guarda siempre sin mancilla
el alma noble y sencilla
que te aclama venturosa.

Hipólito

Acercándose con una corona de flores a la estatua de Artemisa.

Noble Artemisa,
no he nacido para el cálido abrazo
y bien sabes que hasta hoy me he guardado
de la sutil seducción que nos convoca,
cuando pasada la edad de los juegos
se nos llama al grave ministerio de entregarnos.

Pausa. Hipólito abraza la corona de flores y la huele largamente; después decidido la deja a los pies de la imagen de Artemisa, mientras dice:

Yo –solitario– te elijo por compañera,
detesto tu fría indiferencia,
pero amo el calor que profetizas.

Forbas

Señor, permíteme decir mi parecer,
que muchos años de ver cosas
me obligan a prevenirte.

Hipólito

Habla Forbas, que yo espero
con tu experiencia anticipar la mía.

Forbas

Veneras a Artemisa y lo elogio.
Pero mira que a tu puerta está Afrodita
esperando de tu boca la alabanza.

Hipólito

Bien dices, venero a Artemisa.
Si al elegirla madre entre las diosas
a otras desatiendo,
no es desdén, sino criterio.

Forbas

Bien conozco tu virtud,
amado hijo de Teseo,
pero escucha la enseñanza
que prudente no se atreve a presumir de
cierta.

No desdeñes la entrega
que de suyo es generosa.
Sabes que una dulce ley nos inclina a darnos
apenas sentimos poseemos.
Es verdad que en la donación confundimos
lo que damos con lo que recibimos
y que la codicia se mezcla
con su sabor avariento
cuando es la gratuidad lo que se exige.
Mas entiendo que quien de esta ley se exime
ha de darse más allá de toda ofrenda.
Que puede ser también la avaricia
aquello que te impide darte
y de ser así habrás de ahogarte
en la misma estrechez de tu codicia.

Hipólito

Forbas, buen amigo es el que sabe corregirnos.
Entiendo muy bien lo que comentas, mas no
temas, yo no quiero ser mezquino en mi oferta.
A veces quisiera encontrarme reflejado en los
ojos amantes, pero espero, que ya llegará el
tiempo oportuno.
Nada sé del cálido aroma que desprenden
los cuerpos, es que guardo mi perfume para
aquella que haya de poseerme.

Entran al palacio Hipólito y los jóvenes cazadores. En tono suave se escuchan las letanías de Artemisa:

*Artemisa, casta diosa,
guarda siempre sin manchilla
el alma noble y sencilla
que te aclama venturosa*

Al silenciarse las letanías, Forbas y los pastores se acercan a la estatua de Afrodita.

Coro de los pastores

No imitamos nosotros el desatino
de estos que tenidos por virtuosos
pretenden eximirse del venero
que a ellos mismos engendró un día.

Pausa

Afrodita, modera tu venganza,
que el príncipe desvaría al oponerse
a soñar el dulce sueño que genera
el hilo interminable de la vida.

SEGUNDO ACTO

La escena se desarrolla en el mismo atrio. Entre las columnas de la derecha –a los pies de Artemisa– se encuentra la morada de Hipólito, y entre las columnas de la izquierda –junto a la estatua de Afrodita– está la habitación de Fedra. En el centro, frente a la puerta, está el coro de mujeres hilando.

Coro de mujeres

¿Qué curioso designio
cambió el rumbo de esta casa?
¿Qué extraña melancolía
acongoja el corazón de nuestra dueña?
¿Qué origen motiva
el sobrio silencio de Hipólito?
Basta verlos para entender que algo pasa.
Rubores extraños, silencios prolongados,
pasos inciertos, desvíos inesperados
Al parecer, se evitan y se buscan.
Eligen el camino que lleva a su encuentro
y, al verse, retornan avergonzados.
Fedra, cuéntanos tu anhelo.
Hipólito, descríbenos tu locura.
Se ilumina la habitación de Hipólito

Voz de Afrodita

Fedra, Fedra, Fedra...

Hipólito

Acongojado

¡Ay, cruel memoria, por qué me atormentas!
Duerme el piadoso desvarío del olvido.
Sé que hasta la muda elocuencia de tu silencio
gritará el nombre que oír no quiero,
pero disimula su presencia con otros recuerdos.
Repíteme quién soy, quién me espera y a quién
pertenezco.
Dame, una y otra vez, el nombre de Artemisa,
recuérdame el casto nombre de aquella que
elegí por dueña.

Pausa; con renovada esperanza prosigue diciendo.

Memoria, si aceptas ser mi aliada
y a callar no te resistes;
si evocas la casta imagen
que acompañará mi futuro,
el tiempo con su bálsamo de horas
curará la herida de mi corazón abierto.

Voz de Afrodita

Fedra, Fedra, Fedra...

Hipólito

Decepcionado concluye:

¡Ay, memoria soberana, si pudiera gobernarte!

Guardarías en el olvido del pasado:

un nombre, un rostro, una voz, un lecho...

*Se oscurece la morada de Hipólito y se ilumina la
habitación de Fedra*

La nodriza

Reina mía que de Minos huiste
para salvar el bien de tu amado,
juntas surcamos los mares embravecidos
por las iras paternas.

Aquí, en un tierra extranjera,
hallamos la patria.

Recuerda: Teseo te ama,
sus dioses te amparan,
sus hijos te tienen por madre,
sus esclavos te reconocen por señora.

¿Cuál puede ser la causa de tu oculta
desventura?

¿Qué mal se ha prendido de estos muros
que conocieron la alegre risa más que el llanto?
¿Qué laberinto de pesares encierra tu andar
y obstruye tu salida?

Recuerda la gloria de Teseo;
vendrá pronto a salvarte.

Fedra

¿Recuerdas el fatigoso encierro de mi hermano?

He estado soñando con los graves muros
de ese refugio donde nadie entrar podía.

Nodriza: un acertijo indescifrable,
un cofre invulnerable,
una muralla inexpugnable;
eso quiero.

La nodriza

Siempre creí que la suerte de tu hermano
rechazabas.

Fedra

Hasta ahora no entendía
la digna reserva del bochorno.
Recién comprendo que la noble piedad de mi
padre
escondió al mundo su deshonra.
Créeme, envidio la tierna suerte del engendro
que ocultó a nuestros ojos su vileza.
¿Crees que el Minotauro

querría salir de haber podido?
Pues yo de poder no lo haría.
El mal debe guardarse
porque espanta

La nodriza

No temas, señora mía,
mira que la espada
que libró a tu hermano de su encierro
ha de redimirte del mal que hoy te oprime.
Espera, señora,
ya vendrá tu esposo Teseo.

Fedra

Tus palabras me parecen profecía.
Solo la espada redentora del esposo
salvará mis días del cruel agobio
que agita mi alma en desdicha.
*Se oscurece la habitación de Fedra y se ilumina la
estancia de Hipólito*

Hipólito

Artemisa, los días no han traído
el dulce tiempo del descanso.
Mis noches insomnes no conocen
el sereno instante del reposo.

La rebelde memoria –con malvada insistencia–
se ha negado al olvido

Pausa

¡Ay memoria, qué tortura me provocas!
¿Sabes, tú que evocas
al peregrino lo ya caminado,
tu misión es darnos experiencia y no martirio?
Naciste allí, en lo profundo de mi alma,
para memorar la enseñanza sabia de la vida
que previene el porvenir en lo ya venido.

Pausa

¿Con qué fin me recuerdas un pasado
que no tiene ni presente ni futuro?
¿Por qué tiñes cada imagen con la presencia
de quien ha de estar ausente?
¿Cuál es el sentido de volver a la vida
lo que muerto ha de ser piadosamente
enterrado?

Pausa

Mi amor no conoció la esperanza del mañana.
Como un brote tierno que nunca habría de
espigar, cada renuevo aguardó resignado
el agudo filo que lo segara.
Si el anhelo del amor es perpetuarse,
el mío fue gozar el instante

—el único, el último, el que prometía no repetirse—.

Memoria, no seas cómplice del recuerdo
que pervive indómito,
si el Bien —que es juez inapelable—
ha dado ya su mortal sentencia.

Entra Forbas.

Forbas

Príncipe amado, a tu llamada respondo.
¿Dime cuál es tu congoja?

Hipólito

Sabes que es recia mi casa,
y que el temor no concibo.
Sabes que al Minotauro
Teseo dio con su espada un fin merecido
y que mi madre guerrera
enfrentó los enemigos más temidos.
Tú que conoces lo que el tiempo cuenta
¿Qué hace un hombre valiente
si ha de enfrentar al agresor prevenido?

Forbas

Conozco el valor y la fortaleza
que ennoblecen tu casta.
Tu padre, el rey Teseo,
estando próximo a Corinto
venció al que assolaba los caminos
y en Mégara –¿recuerdas?–
arrojó a la hondura del abismo
de Escirón la astucia artera.
Sabrás que los viajeros lo tienen
por protector y buen amigo.
He oído que tu madre,
la brava reina amazona,
luchó por guardar su gloria,
aún contra las huestes de tu padre.
Mas has de saber; joven Hipólito,
que valentía y temeridad
tienen matices distintos.
La virtud de la prudencia
que a todo pone medida
nos enseña a calibrar la fuerza
de la potencia enemiga.
Así, cuando enfrentes al más débil,
has de anticipar tu ataque bravío;
mas cuando topes al semejante,
aguarda su actuar y celoso defiende;

y cuando veas que el agresor
es superior en sus fuerzas,
huye; hijo querido,
que huyendo también se vence,
si permanecer supone ser vencido.

Hipólito

Forbas, tu sabia voz me enseña
que prudente es la huida
cuando medidas las fuerzas
todo anticipa derrota y caída.

*Se oscurece la morada de Hipólito y se ilumina la
habitación de Fedra. Ella duerme. La nodriza a su lado
le acaricia el cabello.*

La nodriza

Fedra, tú callas,
pero habla mi corazón que te ama.
Sé que el proceder de Hipólito
es la causa de tu misterioso duelo.
Ese joven arrogante
que ante todos pasa por bueno
no habrá a mí de engañarme.
He visto en sus ojos al verte
los ambiciosos reflejos del ebrio.
Sé que escondido en las sombras

sigue tus pasos atento.
No creas que su codicia
mancillará tu lecho.

Pausa

Duerme tranquila, hija mía,
que ya viene tu esposo Teseo...

*Se oscurece la estancia de Fedra y se ilumina el centro,
donde está el coro de mujeres hilando.*

Coro de mujeres

Se avecinan nubes de tormenta
por el mar embravecido que rodea
esta roca que le opone su dureza.
En esta morada sin dueño
la esposa ahoga su pesar en el silencio
y el hijo lo evade en la partida.
¡Callar y huir!
¿Es esta la casa del héroe
que venció las iras del espanto?
Hipólito: no seas cobarde;
enfrenta valeroso el mal que te aqueja.
Fedra: abre tu corazón confidente
dinos el mal que te atormenta.

TERCER ACTO

La escena vuelve a mostrarnos por entero el atrio del palacio de Teseo. En el centro, junto a la entrada del palacio, está Fedra en su sitial. A su lado, la nodriza.

Fedra

Tus manos sofocan con nudos
de tensas cintas mis cabellos.
Déjalos caer sobre mis hombros,
¿o es que hemos de ordenar su recorrido?
¿Si el pelo crece lacio, por qué rizarlo?
¿Si una fuerza extranjera lo curva,
por qué enderezarlo??

La nodriza

Bien sabes, señora, que el decoro
exige encauzar lo extraviado
y que no está en dejar crecer
que el crecimiento sea ordenado.
En verdad, me confundes con tus preguntas,
pues antes gozabas lo mismo que hoy detestas.
Bien sabes que estas manos que hoy rechazas
corrigieron los pasos inseguros de tu infancia.

¿No recuerdas?
Fui yo la vara
que orientó tu juvenil ceguera.
Nodriz me llamas,
mas yo me nombro tu lazarillo,
tu madre y tu maestra.

Fedra

Has sido buena, Nodriz,
mas créeme que tu vara recta
no enderezó del todo la senda
de esta que tienes por hija.

La nodriza

En algo habré errado
ya que me ocultas tu duelo
por primera vez en la vida.

Fedra

La lengua es espada de doble filo
que hiere con mortal insidia.
El callar mata al silente,
por salvar a los oyentes.
Créeme que la cordura
me obliga a excluirte
de conocer de mi corazón su congoja.

Elige no oír, por tu bien.
Te verás libre
de compartir mi tortura

La nodriza

Juntas surcamos los mares
y nuestra historia es la misma.
Tu dolor ha de ser el mío.
Elijo compartir tu zozobra.

Fedra

*De modo cortante, haciendo un gesto para que la
nodriza se retire.*

Y yo elijo guardarla en silencio...

*La nodriza intenta permanecer, pero al ver la definitiva
decisión de Fedra sale afuera. Fedra, luego de una pausa,
continúa diciendo:*

De este infinito penar
con mi alma basta por testigo.
Nadie en este mundo sepa
lo que tengo por sufrido.

Afrodita

Hipólito, Hipólito, Hipólito...

Fedra

¿Puede una madre ocultar
el rostro del hijo a su padre?
¿Es lícito esconder la obra
a quien la ha producido?
¿Hay que encubrir el efecto
al origen que lo causa?
¿Ha de guardarse a los ojos lo soñado
y a la boca lo pensado?
Más lícito parece decir
a quien corresponde saber
Entra Hipólito

Hipólito

Fedra, te saludo.
Bien sabes que estos antiguos muros
no guardaron belleza más noble que la tuya.

Fedra

Hipólito, ¿has venido a alabar
la nobleza de mis formas?

Hipólito

He venido a despedirme;
los bosques y las espesas verduras
me llaman con insistencia

cada vez que me alejo
por ver si del dueño hay noticias
entre los moradores del palacio.

Fedra

Hipólito, los bosques te retienen
muchos días distanciado.
Tu ausencia hace más largas
las horas de esta casa
y tu retorno es largamente deseado.
Dime, si acaso lo sabes:
¿Por qué siento que un rayo de luz
transforma todo cuando estás presente?
¿Estos muros son los mismos?
¿Era así de azul el mar que nos rodea?
¿Brillaba tanto el sol cuando no estabas?

Hipólito

Los bosques que nos separan
saben que la distancia
omite alcanzar lo cercano
cuando ha de ser evitado.
Y sabes bien que estos muros
son del palacio de Teseo,
mi padre providente
y tu esposo confiado.

El mar parece más azul,
es verdad, pero créeme:
es el mismo que surcaste
para huir con quien amaste
de las iras de tu padre.
Y este sol tan radiante,
recuerda, Fedra, es igual
que el que alumbraba
el día en que a mi padre
para ser su esposa te entregabas

Fedra

Perdona mi extravío.
Equivocada estaba.
Creí que el hablar aliviaría
la pesada congoja del silencio.
Entiende, mis palabras
—tal vez erradas—
no intentaban ofenderte.
Mas tu respuesta es hiriente.
Eres cruel cuando me hablas
y también cuando te guardas silente.

Hipólito

Me llamas cruel, Fedra.
En eso concuerdo.

Pero dime,
¿No crees que es cruel el designio
que ha hecho de ti,
por amante mi peor enemiga
y por deseada lo que alcanzar no quiero?
Cruel es el tiempo que marcó nuestro
encuentro
con la desproporción y el desconcierto.
Cruel es el espacio que enfrentó nuestros
cuerpos
sin recordarnos el abismo de la distancia.
Cruel es la historia que hizo de ti quien eres
y de mí quien espero seguir siendo.
Cruel es el destino
que habiéndonos dado la sed
nos condujo a la fuente para prohibir el
embriagarnos.
Sí, yo también soy cruel,
en eso estamos de acuerdo.

Fedra

Las noches son más largas
en este país extranjero.
La oscuridad es más negra
y más terribles los sueños.
Hipólito, me conoces;

sabes que amo lo bueno,
pero siempre he actuado conforme
al deber de decir lo que siento.
Mis sueños no son los tuyos.
Nos forjaron vientres diversos.
Tu madre fue una guerrera,
reina, mas no cortesana.
Mi sangre conoce el desborde
y en el encierro no se contenta.
Mis sueños buscan palabras
por mantenerse despiertos.
Mi parecer debe ser dicho,
pues no soporta el silencio.

Pausa. Confidente prosigue:

El vientre de la mujer
sabe elegir su dueño.
Nosotras somos la tierra
que atrae la varonil simiente.
Sabes que a tu padre he dado príncipes
que reinarán sobre Atenas,
pero aún no he parido el hijo
que darme a mí misma quisiera.
Mis sueños sueñan tu sangre
entretrejerse con la mía.
Mis noches alumbran tus hijos,
mis brazos los acunan

para saciarlos con la abundancia de mis pechos.
Entiende, sé que no ha de ser,
pero no puedo dejar de soñarlo.

Hipólito

Odio lo que dices
y me complacen tus palabras.
¿Puede algo ser doloroso y grato,
falso y verdadero?
La semilla también anhela
tierra fértil donde guardarse
y la nave que en mar navega
busca del puerto el abrigo.
También los hombres buscamos
quien ha de parir nuestros hijos.
¿Ver mi sangre mezclada con la tuya?
¿Reconocer de mi nombre la impronta
en el fruto vigoroso de tu vientre?
Sabes, Fedra, que esta casa
tiene por señor a tu marido
y sabes que ausente el padre
la honra debe guardarla el hijo.
Mira, Fedra, que es el deber mío
del adulterio guardarte
y del incesto eximirte

Hipólito, desconcertado, guarda un momento silencio.

Fedra

Si te complace mi voz,
no me prives de la tuya.
También yo mantendré el nombre
de mi señor y marido.
Mas dime tan solo si me amas
que saberlo me dará un casto alivio.

Hipólito

Fedra;
las noches fecundan en versos
que nunca han de escribirse.
El dormir es padre pródigo de los sueños
que hemos de guardar en secreto.
La vigilia nocturna recorre sin límite
—con la imaginación por guía—
los infinitos reinos de la fantasía.

Pausa

Si las rimas a su antojo pueblan la mente
sin reconocer la voluntad por soberana,
y el distendido descanso
omite las reglas eternas del bien y del mal;
las manos obedientes se abniegan
al censurarse —al menos— la letra.

Pausa

Si, ausente la cordura divina,
la noche con sus sombras
engendra en nosotros la elocuencia del poeta
que reverencia la vanidad de las quimeras;
que la voz matinal enmudezca
al acallar con sensatez la palabra.

Pausa

Fedra,
recibe por esto,
el discreto homenaje de mi silencio
y la casta frialdad de mi reserva

Fedra

Eres hijo de una madre guerrera
y no saciaste tu sed en sus pechos.
Tu casa fue el bosque y la espesura.
Solo creciste entre sus verdes follajes.
Por eso amas la libre alegría
de tus andanzas salvajes.
Pero entiende:
yo nací y crecí encerrada
entre los muros asfixiantes
que no conocieron verdor ni luz,
sino solo la sombra familiar
de una bestia funesta.

El bosque fue tu casa,
tu mansión y tu abrigo.
El laberinto fue mi hogar,
mi prisión y mi castigo.
¿Sabes que esté donde esté
siento su agobio sombrío?
Mi mente mamó corredores
de andares infinitos.
Mi memoria guarda el recuerdo
de que al final del camino
solo se encuentra el desconcierto
de hallar nuevos pasillos.
En esta casa tan amplia,
en sus terrazas y salones luminosos,
solo veo senderos que se repiten
para atrapar sin salida mi anhelo.

Hipólito

Creciste en un laberinto
y yo en el bosque espacioso.
Ambos tuvimos mil rumbos
para elegir de la vida el venero.
Mis paredes son vegetales verduras,
mis pasillos son los senderos
que abrió el andar del agua y del viento
y el salvaje peregrinar

de la fiera por su sustento.
Créeme, ambos tuvimos murallas
para abrigarnos y defendernos.
Tú prefieres llamarlas prisión,
yo elijo nombrarlas mi puerto.
Tú detestas los muros antiguos
que hacen forzado tu encierro;
yo amo las verdes paredes
que me guardan de lo externo.

Fedra

Hipólito, semejantes y distintos
nos forjó nuestro destino.
Pudimos complementarnos
de habernos conocido
en un tiempo y en un lugar
que no hiciera de mi tu madre
ni a ti me diera por hijo.
Pero dime: ¿Qué es lo impropio de este amor,
el caudal o bien el cauce elegido?

Hipólito

El caudal del amor es siempre el bien
y no puede estar mal lo que es de suyo bueno.
Pero el cauce del amor debe ser recto,

porque el venero que elige no es siempre
correcto.

El mismo amor toma diversas sendas
para derramarse sobre padres, esposos y
maestros.

Con los hijos y compañeros,
con amantes y caros amigos,
con hermanos y fieles discípulos,
el mismo amor encuentra
en cada caso distintos caminos.

Fedra

Sabias son tus palabras
y auténtico es mi anhelo.
Si hemos de conjugarlos
que el caudal no desborde
el cauce que sea correcto.

Hipólito

Será necesario el silencio.
¡Que callen nuestros labios
el verbo que da vida!
Las palabras dicen
y lo dicho vive.
El silencio guarda
y lo oculto duerme.

Despertará algún día
—sereno y descansado—
el verbo que hablará sin ruido.
Dirá todo sin usar sonido.
Su verdad será tan grande
que no usará la voz como espejo.
Ten paciencia Fedra,
hasta entonces no sabré;
pero aquel día,
habremos de saberlo.

Entran Forbas, la Nodriza, el coro de los pastores, el coro de los cazadores y el coro de las mujeres y se ubican al pie de la escalera entre las columnas laterales.

Coro de los pastores

Allí surcando los mares
vuelve la nave del amo.
Mirad, allí viene.
Su retomo traerá prosperidad a estas tierras.

Coro de mujeres

Allí surcando los mares
vuelve la nave del esposo.
Mirad allí viene.
Su retorno traerá alivio a Fedra...

La Nodriza

... y venganza a su oprobio.

Coro de los cazadores

Allí surcando los mares

vuelve la nave del padre

Mirad allí viene.

Su retorno traerá alegría a Hipólito...

Forbas

...y sosiego a su agobio.

CUARTO ACTO

La última escena presenta el atrio del palacio de Teseo. En el del centro, la entrada está cubierta por una discreta colgadura. Frente a ella está el sobrio trono de Teseo. La muerte de Fedra tendrá lugar en las escalinatas a los pies de Afrodita, como víctima de su furor. El sacrificio de Hipólito se inmolará a la derecha, junto a la estatua de Artemisa.

Teseo

Sentado en su trono, habla al público.

Grave es prolongar la ausencia
de la morada que se tiene como propia.
Guardar la pertenencia exige
el ojo vigilante de los dueños.
La nodriza me ha contado
que mi hijo, el cruel Hipólito,
intentó ultrajar mi honra
seduciendo a mi fiel esposa.

La voz de los coros de pastores, cazadores y mujeres

Todos juntos y desde fuera del foro.
Recuerda juez y soberano

que la noble virtud de la justicia
requiere de las partes oír su alegato
antes de dar la sentencia.

Teseo

¡Paredes que guardáis la ciencia
de lo que aquí ha pasado,
os convoco a dar testimonio,
os conjuro a ofrecer vuestro alegato!

La voz del coro de pastores

Los que pacemos tus ovejas
en los prados que guardan estas piedras
testigos somos de la avara actitud de tu hijo
y del innoble proceder de tu esposa.

La voz del coro de cazadores

Nosotros que por los bosques
tensamos el arco y dirigimos la lanza
en pos de las bestias feroces
que rondan por tus dominios

conocemos de tu hijo la templanza
y de tus esposa los extravíos.

La voz del coro de mujeres

Hilando a tu puerta hemos visto
entretrejerse un deseo desdichado
en la enferma cabeza de tu hijo
que el honor de tu esposa no ha manchado.

Pausa

Teseo

¡Oh muros, testigos sois de mi ausencia!
No confundáis con rumores contrarios,
ni oscurezcáis en mi mente la ciencia
que ha de juzgar de esta casa los agravios.

Pausa

Llamo a esta causa a los dioses
que guardan el universo:
que allí donde hay desorden
pongan castigo severo.
Sepan que mis ojos no han visto
pero los suyos están siempre abiertos.
Sepan que quien no ve no sabe
lo que ellos tienen por cierto.

Entra Hipólito y el coro de cazadores.

Hipólito

Padre, me alegra tu retorno.
Ésta, tu casa, estaba
anhelando la vuelta del dueño.

Teseo

Tu saludo me halaga,
mas no intentes engañarme.
Conozco la urdimbre malsana
de este juego infame.
Tú que te ufanas de casto
tienes un corazón perverso
que abriga el deseo nefasto
de ultrajar el lecho paterno.
He peleado contra tu madre guerrera
cuando sus hijas invadieron mis dominios y
pensé que
el hijo eximiera
en su sangre varonil el designio.
De una enemiga eres el hijo regio,
si Antíope murió en la batalla,
tú no tendrás el honroso privilegio
de yacer para siempre en estas playas.
El sepulcral abrazo de la patria
es merecido solo por aquellos
que tuvieron por consigna soberana
respetar el honor de sus dueños.
Sé a quien amas sin deber hacerlo,
me han contado tus ardidés,
sé de tus vanos intentos.
La justicia que quiero imponer

en este que llamo mi reino
exige la pena más innoble
y yo prefiero el destierro,
que suave es la muerte inmediata
ante el lento morir extranjero.

Hipólito

Padre, conoces las leyes de la mente
los inesperados pareceres del corazón
y las caprichosas tiranías del cuerpo.
Sabes también que los miembros
no respetan de la mente las órdenes
y eligen del corazón el gobierno.
Mas de obrar mal nos salva
que la voluntad no actúa
sin mandato del imperio.

*Pausa. Con solemnidad, como quien da su testimonio,
prosigue:*

He sentido, Padre querido,
conforme te fue revelado,
pero nunca he consentido
amar aquello que he deseado.

Teseo

Desearía creer en tus palabras,
mas no sé si es la falta de virtud

que rigió mi tempestuosa juventud
lo que me obliga a tenerlas por vanas

Cierra los ojos y piensa.

Mientes, ese es tu fuerte.

Solemne, como quien dicta sentencia.

De este reino que intenta
mantener la ley por gobierno
y el orden por medida,
conoce la pena severa:

Toma tu carro y el sustento
y sal de esta tierra que es mía.

Hipólito se retira desconsolado junto con sus amigos.

*Entra Fedra asustada por la violencia de la escena que
no ha presenciado.*

Fedra

Esposo, ¿qué negro desvarío
ensombrece tu soberana frente
y qué furor sombrío
conmueve el ánimo de tu gente?
He visto salir a Hipólito de esta sala
y correr por los pasillos extraviado.
¿No se alegra tu hijo de verte,
no estás tú feliz de encontrarlo?

Teseo

No temas noble esposa,
ni intentes simular tu desdicha
con rostro sereno y clemente.
Sé que en mi ausencia turbó esta casa
la codicia malsana y demente
de un hijo que no respetó mi honra.
No temas ya, Fedra,
su violencia no te acecha.
Tu aya me ha narrado
los desvelos de mi ausencia.
Aquí estoy para guardarte,
ávido por castigarlo.

Fedra

Teseo, ¿qué has hecho?
Tu poder a un inocente ha condenado.
Nadie ultrajó tu lecho,
ninguno como él lo ha respetado
Fedra rompe en llanto.

Teseo

Tus palabras más que aquietarme me
enardecen.
Tu llanto amargo y el subido rubor de tu rostro
¿Qué es lo que te inquieta tanto?

Estas paredes antiguas
confusos testimonios me daban.
Los muros a veces resuenan
silencios, no solo palabras.
Los siglos dan a las piedras
desentrañar las pasiones más cautas
¿Me dices que Hipólito es inocente?
Callas que tú eres culpable...

De pie se dirige violentamente hacia Fedra.

Esta espada de tu hermano
guarda la sangre homicida.
Si el mismo vientre os guardó
e igual laberinto os contuvo,
que este puñal soberano
os una en un mismo sepulcro.

*Le clava la espada a Fedra que cae en las escaleras,
frente a la estatua de Afrodita.*

Teseo

Mirando la estatua de Afrodita, con voz solemne.

Aquí la tienes, Afrodita.
Tú heriste el corazón de mi esposa
con las saetas de un amor malsano.
Mira, mi espada más hondo ha llegado.
En sueño de muerte reposa
de tus flechas la adúltera herida.

Entra desconsolada la nodriza a atender a su señora que agoniza. Entra también el coro de mujeres que rodea a Fedra. Teseo vuelve –solemne– a sentarse en su trono. La nodriza incorpora a Fedra y escucha sollozando sus últimas palabras.

Fedra

Tus pechos me dieron vida,
tu boca me ha dado la muerte.
Nada podré reprocharte...
Pero sabe que en tu intento has errado,
pues no hay la tierra y los mares
que Hipólito hombre más casto
ni mujer más desdichada que Fedra.

Entra Forbas presuroso, se postra ante Teseo que insensible escucha su relato.

Forbas

El mar que no pudo
con serena constancia
horadar la casta roca
de tu hijo en su arrogancia,
enfurecido arrebató
lo que seductor no ganara.
Rey mío, he visto al noble príncipe
despedazar su casto cuerpo

entre las duras piedras hostiles.

Teseo

Los dioses escriben la historia
con nuestros yerros por trazos,
mas sabes, tú que tienes memoria,
que si yerran nuestros pasos
sus sendas no equivocan.

Forbas

Aceptando de tu justicia el cruel destierro
gobernó con sus jóvenes manos
el andar de cuatro yeguas briosas.
Para alejarse del suelo paterno
por la playa ordenó su partida
hacia la tierra que no conoce su historia.
De pronto, un trueno solemne
conmovió el espeso silencio de la tarde
y el mar hirvió en densa espuma
para asustar la mansa docilidad de las fieras.
Las bestias enloquecidas
mordieron los frenos forjados
y en cuatro sentidos diversos
su bravo andar continuaron.
Hipólito por gobernarlas
apretó las riendas en sus manos

y en su intentó solo alcanzó
de la muerte el gélido abrazo.
Allí le traen, míralo,
casto cordero inmolado.

*Entran los cazadores y pastores, traen a Hipólito
agonizante y lo dejan sobre las escalinatas, en simetría
con Fedra. Forbas lo sostiene como la nodriza lo hace
con Fedra.*

Hipólito

Incorporándose y tratando de mirar a Fedra.

Fedra, bendita la ira del mar
que me ha devuelto tu vista.
Creí que por mal amar
mi sino me obligaría
al castigo de penar
viviendo mucho sin tenerte.

Artemisa me ha premiado
el casto designio de quererte.
Otro destino me ha deparado:
vivo poco y puedo verte.

Se agita y se reclina en los brazos de Forbas.

Muerte, me traes alivio.
La fría rigidez de mis miembros
me convoca a un casto reposo.
Temí obrar mal, mas ya no temo.

Padre, aquí estoy para afirmar
que he guardado tu nombre,
el mío y el de tu esposa.
He amado, mas yo creo,
que el amor, si es verdadero,
respeto la ley y no deshonra.
Que he querido lo confieso,
que en esto no hay pecado,
si más que amar el deseo,
se ama el bien del amado.

Artemisa

Se escucha su voz potente y soberana.
Las agónicas palabras
agravan su verdad y su hondura.
El fin de los hombres obliga
a sincerarse en su premura.
Quien muere dice sustancia
que lo accesorio perturba,
que antes de cerrar los ojos
la mirada no se distrae
ni la vista se enturbia.

Pausa

Teseo, tu esposa amó,
y amando se postergó,
para amarte más que al deseado.

Pausa

Teseo, tu hijo amó,
y amando solo encontró
el silencio por casto reclamo.

Pausa

Teseo, te tienen por justo.
Juez de este caso te nombro,
por rey, por esposo,
por padre y por amado.

Teseo

A Artemisa:

Tened por cierto, señora,
que en casa del rey Teseo
se enseñará de esta historia
la fiel actitud del hijo
y la nobleza de la esposa.
Del juez solo diré
que equivocado juzgó
y su yerro causó
pesar, dolor y amargura.
Tu sabes que la premura
nos hace pensar imposible
la virtud de quien resiste
el mal que tenemos por dueño.

Pausa. A los pastores:

Enterrad los cuerpos sin mancha

en los bosques de Artemisa.
Mas no los guardéis juntamente.
Respetad su noble esfuerzo.
Han luchado por mantenerse distantes
contra las tiranas leyes del cuerpo.
Que Fedra esté en el oriente,
que el sol la visite temprano
con el calor de su dorado abrazo.
Poned a Hipólito en el ocaso,
a la vera del dulce río,
que sus aguas mojen su tumba
y de su sed sean alivio.
Plantad un roble frondoso
entre los sepulcros benditos
que haciendo en la tierra raigambre
los guarde del sol escondidos.
Y recordad esta historia,
que los dioses han vuelto a enseñar
y nosotros hemos también aprendido.

Coro de mujeres, cazadores y pastores

Artemisa, casta diosa,
guarda siempre sin mancilla
el alma noble y sencilla
que te aclama venturosa...

FIN DE LA TRAGEDIA



EPÍGRAFE

He venido hasta esta tierra de Grecia para asimilar el mar y el azul de este cielo y conocer las piedras y paredes antiguas que tan sabias me parecieron desde que comencé esta obra. Pero, ante todo –debo confesar– he venido para solidarizarme con Minotauro y sus hermanas. Escribir sobre ellos me ha llevado a amarlos. En ellos he amado a todos los héroes olvidados. Por eso he hecho este largo viaje con la ilusión de abrazarlos.

Como el tiempo no nos hermana, quise al menos que lo hiciera el espacio. De todas maneras, aquí el tiempo transcurrido desde el pasado mitológico parece más corto. Entre estos espléndidos vestigios que me niego a llamar ruinas uno palpa el escenario inmemorial de esta tragedia.

En verdad, aquí el tiempo no es tan importante. Mi interés no ha sido el arqueológico. Mi obra no pretende remozar las bondades de la antigüedad clásica. Elegí este medio expresivo solo a modo de disfraz. Aquí la remota situación de la tragedia y su locación en la cuna misma de nuestra cultura solo pretenden proclamar la eterna *discriminación de lo diverso*.

Ouranoupolis, 10 de febrero de 1998.

BREVE RESEÑA DE LOS PERSONAJES SEGÚN LA MITOLOGÍA CLÁSICA

Andrógeo

Hijo de Minos y Pasifae. Habiendo concurrido a un certamen olímpico que se disputaba entre los ciudadanos de Creta, Atenas y Megara, se llevó el premio de lucha. Los atenienses no soportaron la derrota y se vengaron asesinando a Andrógeo. Minos le vengó tomando las ciudades de Megara y Atenas e imponiendo a los atenienses que por treinta años envíen una vez al año a catorce jóvenes, siete varones y siete mujeres, para ser sacrificadas por Minotauro en el laberinto.

Ariadna

Hija de Minos y Pasifae. Fue ella quien dio a Teseo el hilo con cuya ayuda consiguió encontrar la salida del laberinto de Creta después de matar a Minotauro. Huyó con Teseo y fue abandonada por él en la isla de Naxos. Según una tradición se arrojó al mar desde lo alto de un peñasco. Otros relatos consideran que el dios Dionisio la halló en la playa y se desposó y la coronó con una corona, obra de Hefestos.

- Cnosos** Capital de la antigua Creta y centro de la civilización minoica. En esta ciudad se hallaba el laberinto de Minotauro.
- Dédalo** Arquitecto griego que a pedido del rey Minos de Creta construyó el laberinto de Cnosos para encerrar a Minotauro. El mismo fue encerrado allí, pero pudo huir volando con alas construidas con plumas y cera, estas mismas alas fueron la perdición de su hijo Ícaro.
- Europa** Hija de Agenor, rey de Fenicia y hermana de Cadmo, fundador legendario de Tebas. Su gran belleza enamoró al dios Zeus que la raptó bajo la apariencia de un toro. Fue madre de Minos y Radamanto.
- Fedra** Hija de Minos y Pasifae. Siendo esposa de Teseo, intentó seducir a su hijastro Hipólito, pero rechazada por este. Por despecho, lo calumnió frente a su padre. Se suicidó dejando entre sus manos una tablilla de arcilla en la que falsamente decía que Hipólito había abusado de ella.

Hipólito

Hijo de Teseo y de la reina Amazona Antíope. Su madrastra Fedra intentó seducirlo y lo calumnió frente a su padre Teseo. Fue condenado al exilio y un monstruo marino espantó los caballos que destrozaron su cuerpo entre las rocas de la playa.

Minos

Rey de Creta, hijo de Europa y Zeus. Era el Juez de los Infiernos con Eaco y Radamanío. Para ocultar la infamia del adulterio de su esposa Pasifae, encargó al arquitecto Dédalo la construcción del Laberinto donde encerró a Minotauro.

Minotauro

Ser fantástico con cuerpo de hombre y cabeza de toro, hijo de la relación camal de Pasifae y un toro enviado por Posidón al rey Minos. Fue confinado a un laberinto para ocultar su vergüenza. Allí recibía en ofrenda cada nueve años jóvenes víctimas atenienses. Fue muerto por Teseo.

Pasifae Mujer de Minos, madre de Andrógeo, de Ariadna, de Fedra y del Minotauro. Su lascivia la llevó a ingeniar un artefacto para seducir a un toro.

Teseo Héroe griego y rey de Atenas, hijo de Egeo y de Eira. Dio muerte a Minotauro y logró salir del laberinto con la ayuda de Ariadna, la hija de Minos, que le entregó un ovillo de hilo para que no se perdiese en el camino. Sus obras portentosas lo convierten en el héroe griego prototípico. De su amor por Antíope, la reina Amazona, nació su hijo Hipólito. Fedra, su esposa, intentó seducir a Hipólito sin éxito y se suicidó para calumniarlo.

Zeus Dios principal de la mitología griega. En la mitología romana se identifica con Júpiter. Es el dios del cielo. Está relacionado con la tormenta y con los demás fenómenos de la atmósfera. Sus atributos son el rayo y la égida, su animal sagrado es el águila y su árbol, el roble.

ÍNDICE

ADVERTENCIA DE LA REINA PASIFAE	9
Prefacio del autor	11
MINOTAURO: Tragedia en tres actos	17
Prefacio del autor	18
Personajes de la tragedia.	20
Primer acto	21
Segundo acto	36
Tercer acto	51
ARIADNA: Tragedia en tres actos	59
Prefacio del autor	60
Personajes de la tragedia	62
Primer acto	63
Segundo acto	67
Tercer acto	75
FEDRA: Tragedia en cuatro actos	83
Prefacio del autor	84
Personajes de la tragedia	86
Primer acto	87
Segundo acto	97
Tercer acto	107
Cuarto acto	123
EPÍGRAFE	139
BREVE RESEÑA DE LOS PERSONAJES	140

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 2019.
En los talleres de Alba Impresores S.R.L.
Av. Amancio Alcorta 3910,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
Argentina